

A C A N T I L A D O

Jo Alexander

Palas y Héctor



JO ALEXANDER
PALAS Y HÉCTOR



ACANTILADO
BARCELONA 2019

CONTENIDO

- I. Líbrate de mí
- II. Deja que sangre
- III. Apetito de destrucción
- IV. En el útero

Para Alex, mi hermano.

There is a light that never goes out.

LÍBRATE DE MÍ

Madre e hija salen del portal tras la sobremesa. La calle estrecha está desierta, sólo algunos turistas doblan la esquina en busca de museos, o de la catedral. Es el núcleo del barrio viejo, un enclave muy bello. Palas sigue admirándolo una vez por semana, cuando va a comer al piso de su madre. Aun habiéndose criado aquí, el lugar la sigue estimulando como si todo fuera nuevo, como si estuviera de visita en una ciudad extranjera. La piedra de las fachadas luce limpia y anaranjada bajo la primera luz de la tarde. Balcones estrechos con macetas de flores saludan a la primavera. Todo está imbuido de esa pausa mediterránea tras el almuerzo, en que el aire parece el aliento de un ser durmiente y la vida camina de puntillas. Pronto el alboroto y el gentío volverán. Pero de momento puede oírse con nitidez el piar de los pájaros en árboles cercanos, mientras Adelaida cierra el portón con llave y el golpe se propaga por la calle como un gong antiguo.

Salen juntas. Las tiendas permanecen cerradas. Sólo el anticuario Fibonacci tiene la persiana medio echada, señal de que en la trastienda ya ha empezado la partida de cartas.

—Ven conmigo—dice Palas a su madre.

—No, es demasiado temprano. ¿Qué voy a hacer allí hasta que empieces? Me moriré de aburrimiento.

—Tómate otro café, lee. Tendrás toda la librería para ti. Podrás escoger los libros que quieras.

—Leer con el estómago lleno me da sueño.

—Estará Bertrán.

Adelaida ríe. Sacude su chal en el aire y se lo echa sobre los hombros con energía.

—Prefiero a Madame Bovary que a tu marido.

Entonces es cuando Palas, de no considerar la insistencia una falta mayor, hubiera insistido, pero no lo hace.

—De acuerdo. Te veré allí después. Pero no te entretengas. ¿Recuerdas la dirección? Es la librería inglesa, no la francesa; nada de trampas.

Se dan dos besos y se separan. Palas se aleja en busca de su motocicleta. Adelaida comprueba que su hija no se vuelve a mirar y entra en la tienda de los Fibonacci.

Al sentarse en la Vespa, Palas da un brinco y levanta la pelvis. El asiento de cuero, expuesto al sol, se ha recalentado. Con la mano, comprueba la temperatura: está a punto de quemarse, apenas resulta soportable. Vuelve a intentarlo; despacio, se sienta y se acomoda. A través de la falda y de las bragas, siente el intenso calor. Pone el motor en marcha. La Vespa vibra con fuerza debajo de ella. Palas espera unos segundos antes de soltar el freno. En la plazoleta no hay nadie. Espera. Deja que el asiento repiquetee con insistencia entre sus nalgas. Podría ser el principio de algo liberador, algo que echa de menos desde hace un tiempo. La nostalgia regresa, trata de instalarse en lo más hondo de su ser, pero Palas se resiste; se cala el casco y acelera.

Bertrán se ha tomado la tarde libre, otro psiquiatra atenderá a los chicos hoy. Apoyado en la barandilla del café situado en el segundo piso de la librería, la ve llegar. La observa unos instantes sin que ella se dé cuenta; trata de recrear cómo la vería si no se conocieran. Mirarla con perspectiva, como suele decirle, para sentir más profundamente que es afortunado, que esa mujer que pasa, que se distrae, que trabaja, que fuma, es suya. La observa. Ella entra echándose la melena rubia hacia atrás, apartándola de sus ojos celestes, de su cara redonda, lunar. Sólo él sabe que el suspiro que lanza al cruzar la puerta no es por haber llegado al fin, sino por el olor de tantos libros juntos, que a sus cuarenta años todavía la embriaga como si fuera opio. Se quita la chaqueta y se acerca a la sección de novedades. El volumen, un grueso tomo de nobles tapas marrones, está expuesto en vertical, destacando entre los demás. Parece un objeto artístico. Bertrán sonríe; ya no puede verla de frente, pero imagina que ella debe de estar sonriendo también. Ha estado ocupada en ese libro los últimos tres años, traduciendo palabras que hombres a los que jamás ha conocido escribieron siglos atrás, desgranando con cuidado profundos sentimientos masculinos de otras épocas. Los mejores poemas ingleses desde Chaucer, nada

menos. Bertrán, incapaz a estas alturas de leer algo que no tenga que ver con los trastornos del comportamiento, para apoyarla, la ha financiado. Su socia Nora ha cargado con el peso de la editorial mientras Palas se concentraba en el proyecto. Pero por fin lo ha conseguido. Esta rubia siempre se sale con la suya. Bertrán silba, ella mira hacia arriba y alza el libro con ambas manos, como si fuera un trofeo.

Se conocieron en un parque. Bertrán había salido a toda prisa de la clínica, muy alterado, para poder respirar. Ni siquiera pensó en coger el abrigo. Era pleno febrero y en cada esquina le hostigaban frías corrientes de aire. Recorrió cuatro manzanas al azar, agarrándose el cuello de la camisa, hasta encontrarse en medio de aquel parque desconocido. Ni el verdor de la hierba ni los niños jugando le ofrecieron el consuelo que necesitaba. Acababa de ver el lado más terrible de la vida, y seguía viéndolo allí, agazapado tras los columpios, tras los matorrales, en la superficie del lago. Se había sentado, o no, no está seguro, cuando dos cockers spaniel llegaron corriendo hacia él, uno gordote y de pelaje negro brillante y el otro castaño. Husmearon entre sus zapatos. Restregaron el hocico en el dobladillo de sus pantalones. Temió que se le mearan encima, pero luego pensó que no tendría importancia. Entonces la vio. Se acercaba por la vereda pausadamente, enfundada en un abrigo negro, con gorro y guantes a juego. Se acercaba mirándolo. Él pensó que lo miraba porque iba en mangas de camisa y se sintió desaliñado, aún más vulnerable. Ella seguía acercándose, con paso seguro, y hasta que la vio sacar las correas del bolsillo no acertó a relacionarla con los perros.

Le preguntó si le habían molestado. Bertrán contestó que no. Eso fue lo primero que se dijeron el uno al otro:

—¿Te han molestado?

—No.

—A veces mordisquean la ropa de la gente...—mientras hablaba les ataba la correa—, pero nunca hacen daño.

Bertrán hizo el esfuerzo de preguntarle cómo se llamaban.

—Éste—dijo ella señalando al negro impetuoso—se llama *Byron*, y ése es *Shelley*.

A él le llevó unos segundos reconocer los dos nombres.

—Ah, los poetas...—murmuró al fin, y su voz sonó lejana y triste.